

EL VUELCO EN LA ACEPCIÓN DE GÉNERO O LA HETEROGLOSIA CONSTITUTIVA DEL LENGUAJE

MANUEL GARCÍA
(Universitat de València)

ABSTRACT: The generic question has happened to occupy an important space in the language teaching and it has done it on the base of a new meaning that considers genres to the multiplicity of communicative forms produced by the use. These forms traditionally had been relegated by their heterogeneous and changing character but, like it has put of relief the initiative of Voloshinov/Bajtín, are these characteristics those that allow to understand the first reality of the discursive interchange. The new meaning appears indissolubly tied to the development of the interaction postulates who settle down the diversity and the change like axes of the reflection on the language.

KEYWORDS: genre; language teaching; sociodiscursive interaction; heteroglossia.

1. Una acepción innovadora

Aún cuando la cuestión de los géneros goza de una considerable influencia en el foro docente no cabe sino insistir en una problemática que aparece estrechamente vinculada a los interrogantes básicos planteados por el aprendizaje lingüístico y de una importancia crucial, pensamos, para esclarecer los presupuestos comunicativos defendidos por la renovación educativa.

Puede decirse, en todo caso, que ocupa un espacio importante en la didáctica de las lenguas donde ha pasado a formar parte de las inquietudes de los enseñantes al mismo tiempo que ha sido abordada por autores con tanta incidencia en el foro docente como J. M. Adam, J. P. Bronckart, M.A.K. Halliday y D. Hymes. En virtud de estas y de numerosas contribuciones ha sido ampliamente asumida por el discurso sobre el qué enseñar y el cómo enseñar, ha afirmado su presencia tanto en el diseño de currículos y programaciones como a la hora de plantearse la interacción en el aula y la motivación de los estudiantes. Su proyección se extiende desde el desarrollo de las estrategias comunicativas en Europa hasta la denominada “didáctica del género” defendida por los pedagogos australianos, pasando por los nuevos planteamientos de escritura en Estados Unidos.

Una tal resonancia no podía estar exenta de controversia. Las notables diferencias suscitadas por un debate tan vasto como polémico no deben, sin

embargo, ocultar el acuerdo sustantivo en extender la noción de género más allá de las fronteras de la literatura y la retórica donde siempre había estado recluido. A pesar de las divergencias, cuyo alcance no cabe minimizar, las propuestas actuales coinciden en cuestionar los límites establecidos por toda una secular reflexión estética y filosófica fundamentada, durante más de dos milenios y hasta fechas relativamente recientes, sobre las bases establecidas por Aristóteles que se ceñía a considerar la lírica, la narración y el drama en la “Poética” y los géneros jurídicos, los deliberativos o pronunciados frente a la asamblea, y los valorativos o emitidos ante el espectador en la “Retórica”.

El peso de esta larga tradición que había respaldado la práctica escolar todavía perdura en el lenguaje habitual. Aún seguimos hablando en la conversación cotidiana de géneros para referirnos casi exclusivamente a novelas o comedias, para designar determinados tipos de obras poéticas, cinematográficas o pictóricas. Las profundas raíces de este hábito no han impedido, empero, que un nuevo concepto se haya impuesto en la docencia y en la investigación donde hoy existe, como señala J. P. Bronckart (1998), un amplio consenso en denominar géneros no sólo a los tipos de escritura con mayor o menor grado de valor poético sino también “al conjunto de formas del “lenguaje ordinario””. También Ch. Bazerman (1997) aprecia que la comprensión de su importancia en la actual realidad educativa requiere considerarlo desde “vías distintas a las ofrecidas por la tradición literaria”. Y de hecho, como constatan los editores de “Learning and Teaching Genre”, “en vez de focalizar principalmente en la literatura, los que han estudiado el género recientemente han tendido a considerar ejemplos no literarios del uso lingüístico” (Freedman y Medway, 1994: 39). Han sido necesarias “la crítica de la noción de género” y “de la limitación de su pertinencia al dominio exclusivo de los estudios literarios”, como anota K. Canvat (1998), para que la problemática de los géneros adquiriera pleno derecho de ciudadanía en un espacio docente de donde había sido prácticamente expulsada, junto a la hegemonía de la literatura, por la modernidad pedagógica. Su reintroducción se ha operado sobre la base de un cambio radical que, no obstante, ha logrado doblegar a una tradición centenaria.

En el origen de este vuelco cabe hablar fundamentalmente de las contribuciones de V. N. Voloshinov y de M. Bajtín. Quizá es el artículo “El problema de los géneros discursivos” de Bajtín el que habríamos de valorar, en términos de S. Bouquet (2004) y de acuerdo con la mayor parte de las opiniones, como “el verdadero manifiesto teórico” de la cuestión. Y es en efecto en este escrito, redactado al inicio de los años cincuenta pero no publicado hasta 1979 (la traducción española data de 1982 y la francesa de 1984), donde se plantea con algún detenimiento y adquiere su mejor expresión la problemática que, no obstante, ya había aflorado a finales de la década de los veinte en la producción del denominado “círculo de Bajtín”. En 1928 P. Medvedev, integrante junto a Voloshinov y el propio Bajtín de este círculo, tan sólo alude a la existencia de géneros fuera de los ámbitos habitualmente considerados sin abordar directamente la cuestión. Pero en 1929 Voloshinov, en una obra atribuida a M. Bajtín hasta que los estudios de Ivanova

de 2000 (cf. Bronckart, 2004: 98) han mostrado que constituye una versión de la tesis redactada por Voloshinov en 1925, cuestiona abiertamente el horizonte de una temática hasta entonces ocupada con “formas sometidas a investigaciones especializadas en la retórica y la poética” y “totalmente separadas del problema del lenguaje” (Voloshinov, 1929/1992).

Esta obra ya propone de forma explícita denominar géneros no sólo a los contemplados por la historia literaria y cultural sino también utilizados en las mil y unas tareas del acontecer ordinario: “Cualquier situación cotidiana estable posee (...) un repertorio de pequeños géneros cotidianos” por lo que encontramos “formas mínimamente estables fijadas por las costumbres y las circunstancias” no sólo en la producción poética, en la actividad política y en los tratados de ciencia, sino también “en las ligeras charlas de salón (...) en las pláticas entre marido y mujer, entre hermano y hermana, (...) en las reuniones campestres, las fiestas ciudadanas, las pláticas entre obreros durante la hora de la comida, etc.” (Voloshinov, 1929/ 1992: 135).

La propuesta de extender el concepto de género a los tipos de discursos producidos en todos los ámbitos, tanto en las relaciones familiares y en el diálogo más espontáneo como en los encuentros formales y en la vida oficial de la palabra, transforma por completo una problemática que no sólo ha pasado a inscribirse en el campo de la lingüística general sino que lo ha hecho ocupando un lugar de privilegio.

La iniciativa de Voloshinov hubiera podido ser considerada tan audaz como destinada al fracaso. Y habrá de esperar un cuarto de siglo para ser ratificada con la aparición del título específico de Bajtín pero ha conseguido, finalmente, interesar a la diversidad de corrientes que atraviesan el estudio del lenguaje. Ha podido ser vinculada de uno u otro modo, como señala Bouquet (2004), con los “juegos de lenguaje” de Wittgenstein y con las teorías de Austin y Searle, con los modos de enunciación de E. Benveniste y con las actitudes de locución de H. Weinrich, con las funciones del lenguaje de R. Jakobson, con la calificada de “descripción de los géneros del oral ordinario” realizada en “Vantage Level” de Van Ek y Trim, con los conceptos de “rutinas” y “normas” de la sociolingüística de Gumpertz, con las diferentes tipologías textuales y con un largo etcétera

El nuevo planteamiento ha ejercido, de forma directa e indirecta, una vigorosa influencia no sólo en la lingüística sino también en la psicología, en la sociología, en la práctica totalidad de disciplinas que convergen en la enseñanza de lenguas. Y la consideración de lo que bien podríamos llamar tipos de textos producidos por el uso se ha mostrado enormemente sugestiva en un panorama educativo presidido por la invocación, en uno u otro sentido, de los postulados textuales y pragmáticos.

2. La tipificación concreta de las prácticas discursivas

Indudablemente el vuelco en la cuestión genérica tan sólo ha podido efectuarse con el concurso de la mayor parte de ideas y tendencias activas en

la arena docente, su arraigo en apenas unas décadas no hubiera sido posible si no hubiese prendido en nociones y enfoques que ya gozaban de algún reconocimiento. Ha logrado imponerse pero no sin antes recorrer un azaroso camino por las más distintas corrientes cuya cálida hospitalidad no ha dejado de tener contrapartidas. Su amplia y rápida divulgación ha determinado que se hable tanto, y desde prismas e intenciones tan diferentes, que se ha producido también un considerable grado de opacidad y no pocos malentendidos.

La nueva acepción ha sido no sólo relacionada sino también identificada a las nociones de registro y de “acto de habla”, a categorías sistémicas y a secuencias prototípicas. Y en numerosas ocasiones la práctica escolar ha dado la espalda a la propuesta original que, de acuerdo con los criterios más coherentes, sigue siendo indispensable para entender el alcance de la cuestión genérica. De hecho la posición más extendida en la enseñanza de lenguas es la que asimila los géneros con tipos narrativos, descriptivos, argumentativos, explicativos, etc. Y ello aún cuando tales tipologías se postulan como un pequeño número de invariables formales que podemos extraer desde la hipótesis del texto como “el objeto resultante de la abstracción del contexto” (Adam, 1990: 23).

Lo que podríamos denominar la propuesta de Voloshinov/Bajtín, con independencia de la aportación específica de dos autores cuya estrecha colaboración durante los años veinte está por otra parte bien acreditada, designa por el contrario la ingente profusión de tipos de textos surgidos de la actividad verbal.

Y hemos de apreciar, aún cuando el desarrollo actual de la polémica no siempre ha evitado un cierto clima de confusión, la meridiana claridad de la reflexión de Voloshinov que nos invita a ampliar la noción de género a la diversidad de formas comunicativas acuñadas por el empleo reiterado del lenguaje en los diferentes dominios de la producción oral y escrita. Su descripción no remite a entes abstractos ni a formulaciones experimentales, no surge del gabinete del gramático ni del laboratorio del analista sino de la observación de las formas utilizadas en la interacción social cuya naturaleza objetiva se impone, por otra parte, directamente a los usuarios de la lengua sin necesidad de complejos análisis ni profundas introspecciones. La realidad palpable de estas formas se manifiesta de manera inmediata, como explicita Bajtín (1997) en la línea avanzada por Voloshinov, cuando al escuchar a otro podemos presentir la duración y estructura de sus palabras y, asimismo, desde nuestra experiencia cotidiana como locutores en la que necesariamente recurrimos no sólo al dominio del código sino también de los tipos de discursos que “en la práctica utilizamos con seguridad y destreza aún cuando ignoremos por completo su existencia teórica”. Afirma que sin ellos, si dispusiéramos tan sólo del sistema de la lengua a la hora de expresarnos ya sea en la conversación más relajada o en la escritura más creativa, la comunicación sería prácticamente imposible.

Es un hecho incuestionable que hallamos formas comunicativas apropiadas a la situación en todos los campos del intercambio discursivo. Y en cierto modo podría afirmarse que la iniciativa de Voloshinov se ha impuesto

con la contundencia de lo evidente. Su aportación, sin embargo, trasciende el cambio meramente cuantitativo y no se limita a señalar un dato irrefutable. La apertura de las fronteras del género nos sitúa ante la tipificación concreta de las prácticas verbales, tiene el mérito indiscutible de poner de relieve el vasto territorio de formas contextuales que vinculan el decir y el hacer, el hecho lingüístico y las otras facetas de la actividad humana.

El interés del cambio en la cuestión genérica, y lo que en definitiva explica su protagonismo en el debate científico y educativo, reside en descubrir la estructuración gestada por el uso. Al abrir las puertas del género a los sencillos tipos de réplicas utilizados en los diálogos más banales Voloshinov (1992: 135) hace patente, al mismo tiempo, que la praxis social constituye la determinación primera de las formas discursivas: “el género de la vida cotidiana es una parte del ambiente social: el de la fiesta, del tiempo libre, del intercambio comunicativo social en el salón, en la oficina, etc. Él coincide con este ambiente, es delimitado por él, y todos sus aspectos interiores resultan determinados por él”.

La nueva acepción se postula firmemente vinculada a un planteamiento también innovador de la organización lingüística que es contemplada no desde el prisma de categorías formales sino en función de los ámbitos de actuación colectiva. Voloshinov (1993) sostiene, cuando vuelve a tratar una problemática de cuya importancia está convencido en el artículo “La construcción de la enunciación”, que es en estos ámbitos donde se “construye” el género. Y es este criterio el que sanciona Bajtín (1997: 248) con su célebre definición de “tipos de enunciados” o, como diríamos en el lenguaje de la enseñanza, de tipos de textos orales y escritos producidos en la dinámica de la comunicación: “cada esfera de utilización de la lengua elabora sus tipos relativamente estables de enunciados, y es esto a lo que llamamos los géneros discursivos”.

La propuesta de Voloshinov/Bajtín instaura una ruptura tan radical en el planteamiento de las formas lingüísticas que ni siquiera podemos hablar en sentido estricto de tales. Lo que nos propone considerar no son formas despojadas de contenido sino tipos de enunciaciones o de unidades comunicativas caracterizados tanto por la sintaxis como por el sentido, por los recursos verbales como por la posición valorativa. Los géneros son las herramientas significativas forjadas en la interacción social que no pueden, por tanto, ser desvinculadas de los contextos de donde surgen y de la intencionalidad de los hablantes. Voloshinov (1993) los considera “estructuras tipo” determinadas a la vez por “la forma gramatical y estilística de la enunciación”, Bajtín (1952) los define como “tipos de estructuración del todo” en los que “el contenido temático, el estilo y la composición están vinculados indisolublemente”. Ambos autores coinciden en señalar que los tipos de discursos no pueden ser sometidos a la descomposición analítica sin perder su razón de ser.

Su planteamiento rompe con la tradicional disociación de forma y contenido en la reflexión del orden lingüístico. A contracorriente de las posiciones hegemónicas ha sido en no pocas ocasiones distorsionado por interpretaciones académicas que han hecho de los géneros una clasificación abstracta. La pervivencia del hábito gramatical a tratar con constantes inalterables no

ha sido tampoco capaz de afrontar el carácter mestizo y versátil de la estructuración efectiva de las prácticas verbales.

Es obvio, no obstante, que la consideración del entramado discursivo en relación a los ámbitos de uso nos lleva a una enorme diversidad de formas movedizas. Podemos sin duda establecer un pequeño número de grandes campos de actuación y diferenciar, como sugiere Voloshinov en un esquema sin otra pretensión que mostrar un orden lingüístico hasta entonces desapercibido, además del ámbito de la producción artística:

1) el intercambio comunicativo ligado a la producción –en las fábricas, en las industrias, en los koljoz, etc.-; 2) el intercambio comunicativo de los negocios –en las oficinas, en las organizaciones sociales, etc.-; 3) el intercambio comunicativo de la vida cotidiana –encuentros y conversaciones por la calle, la permanencia en la mesa social, en la propia casa, etc.-; y, finalmente, el intercambio comunicativo social en el sentido propio del término: el propagandístico, escolar, científico, filosófico, en todas sus variaciones.

Voloshinov (1993: 247)

Pero esta enumeración en cierto modo pedagógica no oculta, como reconoce Voloshinov, la variedad de situaciones discursivas y, por tanto, de géneros.

Y Bajtín va a insistir particularmente en que la evidencia de las formas comunicativas es tan incuestionable como lo es su elevado número y su estabilidad tan sólo relativa. Las esferas de utilización del lenguaje son potencialmente infinitas y cada una de ellas dispone de un repertorio de tipos de discursos que no deja de crecer y modificarse a medida que se desarrolla y se hace más compleja la organización social. La nueva acepción de género designa un panorama sumamente multiforme que acoge, bajo un mismo término, tanto al variado repertorio de réplicas de la conversación cotidiana como a la gran cantidad de tipos de textos empleados en el mundo de la información y de las leyes, en las tareas educativas, en la vida artística y religiosa, etc. Abarca desde los saludos a los “modelos”, ciertamente flexibles, que posibilitan al locutor redactar un editorial, dictar un informe, impartir una lección, escribir un poema o pronunciar un sermón.

Bajtín reconoce la diferencia substancial entre los géneros primeros, empleados en el diálogo cara a cara, y los segundos, que como los literarios, suponen un mayor grado de elaboración. Propugna, no obstante, una concepción unificadora sobre la base de su mutua vinculación y de sus rasgos comunes. Los más sencillos constituyen la base de los más elaborados que, a su vez, “en el proceso de su formación, absorben y reelaboran diversos géneros primarios” (Bajtín, 1997: 250). Unos y otros aparecen mutuamente relacionados desde esta perspectiva que engloba formas muy heterogéneas, desde la expresión monosilábica hasta el ciclo novelesco, y sometidas a una variación incesante.

Los tipos de discursos que podemos constatar, en función de la práctica y no de criterios lógicos o formales, están determinados por el cambio conti-

nuo en las múltiples facetas del quehacer humano. En virtud de su naturaleza únicamente pueden ser concebidos en términos en apariencia paradójicos como prototipos permeables, regularidades fluctuantes o patrones no siempre, y en distinto grado, restrictivos. Surgidos de los avatares de la transacción verbal y sometidos al flujo de la vida del lenguaje, la mayor parte de ellos solicitan abiertamente una cierta dosis de innovación y creatividad para poderse plasmar en enunciaciones concretas, pero incluso aquellos que aparecen como rígidamente obligatorios (fórmulas de cortesía, documentos burocráticos, rituales religiosos, órdenes militares, etc.) no son ajenos al devenir histórico.

Ciertamente no facilitan un criterio firme de clasificación, aún cuando la premura metodológica se haya empeñado en sostener justamente lo contrario, ni tienen el grado de estabilidad propio de los elementos gramaticales pero no por ello son menos importantes ni pueden ser eludidos, en tanto que auténticos protagonistas de la transacción verbal, en la comprensión del fenómeno lingüístico.

3. El estudio de la lengua como uso comunicativo

Los géneros son tan dispares e inestables que, fuera de los ámbitos especializados de la literatura y la retórica, apenas habían merecido la atención de la lingüística pues se pensaba que ningún resultado podía obtenerse de tales elementos. Ha sido necesaria la adopción de una perspectiva decididamente pragmática para valorar, invirtiendo el criterio secular, una realidad tan proteica.

Es el firme compromiso con el punto de vista de la práctica el que impulsa a Voloshinov, en una obra calificada de “maestra” por R. Jakobson (1977), a explorar la estructuración de los textos en tanto que unidades comunicativas. Su indagación no descubre sino un entramado fluctuante que, sin embargo, estima ineludible pues “sería una tarea desesperada intentar comprender la construcción de las enunciaciones, que forman la comunicación verbal, sin tener presente a ninguno de sus vínculos con la efectiva situación social que los provoca” (Voloshinov, 1993: 246).

Voloshinov ya aprecia que la elucidación del intercambio comunicativo es irrealizable si pasamos por alto estas formas surgidas en los distintos contextos de actuación social a las que, a partir de su iniciativa, denominamos géneros. Y esta apreciación, que sin duda va a acompañar la dilatada y fructífera vida intelectual de Bajtín, reaparecerá años más tarde expresada en términos rotundos: “el estudio de los géneros discursivos tiene una importancia fundamental para rebasar las nociones simplificadas acerca de la vida discursiva, acerca de la llamada “corriente de discurso”, acerca de la comunicación, etc.” (Bajtín, 1997: 255).

De Voloshinov a Bajtín la nueva acepción de género aparece y se reafirma con el objetivo de explicar el uso comunicativo. Surge al mismo tiempo y es, por supuesto, indisociable de la definición de enunciado o uni-

dad comunicativa. Lo es también de intertextualidad, de dialogía, de polifonismo, de heteroglosia, de todo el amplio abanico de nociones perfilado en el desarrollo del concepto de lengua como interacción social. Remite al aspecto más tangible de la organización lingüística pero su trascendencia sólo se manifiesta si la consideramos como una piedra angular en la elaboración de una “metalingüística” cuya ambición apunta, más allá de problemáticas específicas, a una perspectiva totalizadora de la actividad discursiva pues “no se trata aquí ni de un análisis lingüístico, o filológico, o histórico-literario, o de algún otro tipo especializado (...) se sitúa en zonas fronterizas, es decir, sobre los límites entre todas las disciplinas mencionadas, en sus empalmes y cruces” (Bajtín, 1997: 294).

Los géneros se definen desde la relación dialéctica entre “lo dado” y “lo construido”. Designan un hecho objetivo pero constituyen a la vez un elemento clave en el diseño de una filosofía del lenguaje que, anclada en lo real concreto, no deja de fustigar ““el teoretismo” epistemológico, el carácter racionalista abstracto de las construcciones filosóficas” para proponer “una “arquitectónica” de los actos concretos, irreducibles a las abstracciones categóricas propuestas a manera de explicación por la filosofía y las ciencias particulares” (Volek, 1995: 192).

Es esta ambiciosa propuesta la que lleva a dar nombre a la organización real de las prácticas discursivas. Los géneros aparecen sin duda como una nebulosa de contornos permeables e imprecisos pero no por ello dejan de suponer, como ya advierte Voloshinov, un orden relativo, una tipificación dúctil que desmiente la persistente tendencia a plantear el uso lingüístico como un caos impenetrable y ajeno a la reflexión científica.

Históricamente los enunciados habían sido considerados entidades absolutamente individuales que no podían ser materia de investigación. El estudio de la comunicación aparecía incapaz de proporcionar un “ubi consistant”, un punto firme en el que anclar la búsqueda. Como es bien conocido, esta creencia ha determinado la renuncia a explicar el “habla” para ceñirse a la descripción de la “lengua” definida como un sistema de signos organizado en virtud de unas reglas estrictas e independientes de la subjetividad de los usuarios.

Voloshinov no niega el carácter único del enunciado. Afirma que la unidad de comunicación es tributaria del contexto y está determinada por un yo-tu-aquí-ahora irrepitible. Pero propugna asimismo, desde una perspectiva dialéctica y aún cuando ello puede parecer un despropósito desde la lógica cartesiana, que ello no impide reconocer la existencia de tipos de enunciados. Y este reconocimiento es decisivo para hacer de las unidades comunicativas el eje de la reflexión lingüística. La definición de tipos evidencia una cierta estructuración, sin duda irreducible a inventarios cerrados pero que posibilita articular el ámbito disciplinario en torno a los enunciados. Imprime un giro radical en el planteamiento de los elementos de base que permiten explicar el lenguaje no como un sistema acabado sino como uso plenamente significativo.

Una explicación que ya es asumida por el “Círculo de Bajtín” en los años veinte. Es entonces cuando Medvedev afirma, en oposición a las

corrientes positivistas, que la globalidad enunciativa no responde ni a la frase ni a las categorías formales utilizadas desde la perspectiva de la lengua como estructura. La comprensión de lo que es a la vez instrumento de pensamiento y vehículo de comunicación ha de partir de los enunciados:

La toma de conciencia y la comprensión de la realidad no se lleva a cabo mediante el lenguaje y sus formas en el sentido lingüístico del término. Son las formas del enunciado, y no las formas del lenguaje las que desempeñan un papel importantísimo en el conocimiento y en la concepción de la realidad (...) Porque no pensamos en palabras u oraciones, y la corriente discursiva que nos atraviesa no es una mera sucesión de palabras u oraciones. Pensamos y comprendemos mediante complejos que son unitarios en sí: los enunciados. El enunciado, como sabemos, no puede comprenderse como una unidad del sistema de la lengua, y sus formas no son en modo alguno formas sintácticas.

Medvedev (1994: 213-214)

Desde esta convicción Voloshinov emprende en 1926 la tarea de definir “estos complejos unitarios” cuya naturaleza no se reduce únicamente al cuerpo fónico o gráfico sino que abarca también el horizonte evaluativo y semántico de los interlocutores, el aspecto no formulado o implícito pero tan real e indispensable como el estrictamente lingüístico. Recursos verbales y representaciones simbólicas forman un todo indivisible en la configuración del enunciado: “la situación extraverbal no es tan sólo la causa externa de la enunciación, ni actúa sobre ésta como una fuerza mecánica externa. No; la situación forma parte de la enunciación como la parte integral necesaria de su composición semántica.” (Voloshinov, 1997: 115).

Hasta entonces el contexto se había estimado como un elemento exterior, las anotaciones sociológicas podían completar en mayor o menor grado la descripción de las relaciones internas al material lingüístico pero eran estas últimas las que constituían el objeto propio de la disciplina. La definición de unidades comunicativas y de sus tipos o géneros constituye un logro esencial en la superación de esta perspectiva inmanente cuya hegemonía ha llevado a olvidar que “la palabra en la vida, con toda evidencia, no se centra en si misma. Surge de la situación extraverbal de la vida y conserva con ella el vínculo más estrecho. Es más la vida misma completa directamente a la palabra, la que no puede ser separada de la vida sin que pierda su sentido” (Voloshinov, 1997: 113).

La nueva acepción de género nace como un poderoso argumento en la respuesta a los paradigmas contruidos según el modelo de las ciencias exactas pues permite oponer los tipos de textos, tal como se materializan en la actividad humana, a las tendencias formales que restringen el orden lingüístico a un código matemático y el hecho verbal a un ente cerrado, sometido a leyes intrínsecas y ajenas a la relación entre personas.

Los tipos generados en el intercambio social se caracterizan por no ser susceptibles de descomposición analítica, por su ingente número y su heterogeneidad. Pero su naturaleza, como ya apunta Voloshinov en la réplica al

“objetivismo abstracto”, no sólo no justifica su histórica relegación sino que proporciona el punto de partida necesario para comprender la dimensión fundamental del lenguaje. Los géneros, justamente en función de sus rasgos, cuestionan la arraigada tendencia a reducir la lengua a un sistema homogéneo e inmutable y revelan que, por el contrario, la interacción verbal se articula necesariamente sobre la diversidad y el cambio.

Ciertamente la definición de tipos en los que no podemos disociar la forma del contenido no puede sino sorprender la afianzada creencia de que, como denuncian Clark y Holquist,

pensamos mejor cuando pensamos “lógicamente”, cuando separamos nítidamente un tema determinado en sus partes (...) El pensamiento occidental pos-aristotélico siempre ha celebrado la habilidad a fragmentar el todo en unidades más pequeñas que se consideran más apropiadas al análisis. Este impulso a dividir el tema de análisis (...) es tan poderoso que sólo él ha merecido el adjetivo honorífico de “sistemático”.

Clark y Holquist (1984: 6)

El protagonismo otorgado por el Círculo de Bajtín a los géneros pone en tela de juicio “la tendencia hacia la fragmentación y el aislamiento disciplinarios” (Wertsch, 1993: 20) pero, por ello mismo, desempeña un papel clave para profundizar en la totalidad significativa del lenguaje. Un objetivo inalcanzable si no sustituimos, como defiende también Vigotski (1985: 37), “el análisis que utiliza la descomposición en elementos por un análisis que divide el todo complejo del pensamiento verbal en unidades de base (...) que lejos de perder las propiedades del todo que se quiere explicar y que han motivado el análisis, las poseen en su forma inicial más sencilla”.

La variabilidad de las formas comunicativas no puede tampoco ser concebida como un rasgo negativo si tenemos en cuenta, como afirma Voloshinov cuando inicia su breve recorrido por la cuestión genérica, que nos lleva a aprehender la dinámica de la interacción: “Ante todo debemos recordar que la lengua no es algo inmóvil, dada de una vez para siempre y rígidamente fijada en “reglas” y “excepciones” gramaticales. La lengua no es de ningún modo un producto muerto, petrificado, de la vida social: ella se mueve continuamente, y su desarrollo sigue al de la vida social” (Voloshinov, 1993: 246). En los años veinte ya se valora la inestabilidad de los géneros porque, como explicará más tarde Bajtín, posibilita captar “de una manera más inmediata, atenta y flexible todas las transformaciones de la vida social” y hace de ellos las “correas de transmisión entre la historia de la sociedad y la historia de la lengua” (Bajtín, 1997: 254).

Habríamos de admitir que Voloshinov, a pesar de las reacciones suscitadas por una escritura cuyo acento se considera a veces tributario en exceso de la coyuntura política e ideológica de la época, traza en sus líneas básicas el vuelco en la noción de género así como su alcance para desarrollar los postulados interaccionistas. Pero no por ello es menos trascendente la aportación de Bajtín que clarifica el sumario bosquejado treinta años atrás

afrontando sin ambages los puntos más espinosos de la cuestión Su artículo examina en primer término la problemática heterogeneidad de los géneros, el argumento que siempre había sustentado el destierro del habla al territorio de lo contingente, para reafirmar sin vacilaciones que si planteamos la interacción verbal como la realidad primera de la lengua, y hacemos de tal planteamiento algo más que un principio inútil o una mera declaración de buenas intenciones, hemos de vertebrar el estudio en torno a los textos concretos y a su tipificación efectiva. Y desde este convencimiento, largamente madurado, perfila esta acepción de género que es un pilar primordial en la construcción del punto de vista de la dialogía y la heteroglosia. El giro en la cuestión genérica es inseparable del planteamiento del texto como polifonía, del examen de la colusión de voces en el discurso citado, en la ironía y en el sarcasmo, del análisis de la posición del autor respecto al héroe, de la oposición del carnaval al discurso autoritario, etc. El nuevo concepto de género surge y se consolida desde el proyecto de hacer de las relaciones entre sujetos el eje de la reflexión lingüística.

Referencias

- Adam, J. M. (1990). *Éléments de linguistique textuelle*. Liege: Mardaga.
- Bajtín, M. (1997). *Estética de la creación verbal*. Méjico: s. XXI (Original de 1952).
- Bazerman, CH. (1997). The Life of the Genre, the Life in the Classroom. In W, Bishop y H. Ostrom. (Edit.): *Genres of Writing: Mapping the Territories of Discourse*. Portsmouth,: Boynton /Cook Plublishers, pp. 19-26.
- Bouquet, S. (2004). Linguistique générale et linguistique des genres. *Langages 153, Les genres de la parole*, pp. 3-14.
- Bronckart, J-P. (1998). Lecture et écriture: éléments de synthèse et de prospective. In Y. Reuter (Edit.) *Les interactions lecture-écriture*. Berne: Peter Lang, pp. 371-404.
- Bronckart, J-P (2004). «Les genres de textes et leur contribution au développement psychologique». *Langages 153, Les genres de la parole*, pp. 98-108.
- Canvat, K. (1998). La notion de genre à l'articulation de la lecture et l'écriture. In Y. Reuter (Edit.) *Les interactions lecture-écriture*. Berne: Peter Lang, pp. 263-282.
- Clark, K. y Holquist, M. (1984). *M. M. Bajtín*. Harvard: Harvard University Press.
- Freedman, A. and Medway, P. (1994) *Learning and Teaching Genre*. Portsmouth, NH: Heinemann.
- Jakobson R. (1977). Préface. In V. Voloshinov *Le marxisme et la philosophie du langage*. Paris: Editions de Minuit.
- Medvedev, P. N. (1994). *El método formal en los estudios literarios*. Madrid: Alianza Editorial (Original de 1928).
- Volek, Emil. (1995). *Antología del formalismo ruso y el grupo de Bajtín*. Madrid: Fundamentos.

- Voloshinov, V. N. (1993) La construcción de la enunciación. In A. Silvestri, y G. Blanck: Bajtín y Vigotski: *La organización semiótica de la conciencia*. Barcelona: Antropos. (Original de 1929).
- Voloshinov V. N. (1992) *El marxismo y la filosofía del lenguaje*. Madrid: Alianza Editorial. (Original de 1929).
- Voloshinov, V. N. (1997) La palabra en la vida y la palabra en la poesía. Hacia una poética sociológica. In M. Bajtín *Hacia una filosofía del acto ético. De los borradores y otros escritos*. Barcelona: Antropos. (Original de 1926).
- Vigotsky, L. S. (1985). *Pensée et langage*. Paris: Messidor/Editions Sociales.
- Wertsch, J. V. (1993). *Voces de la mente, un enfoque sociocultural para el estudio de la Acción Mediada*. Madrid: Visor.